

La mañana estaba clara, por la ventana de la cocina se veía un cielo azul intenso; a pesar de estar a mediados de octubre, la temperatura era muy agradable. Ana marcó una sonrisa en su rostro, hacía tiempo que su risa ya no era tan espontánea, su cara no expresaba esa alegría que transmitía antes de lo ocurrido.

Tomó la cafetera, se puso un café. Se sentó en la encimera, sus ojos se fijaron en el humo que desprendía la taza, tenía tantas cosas en su cabeza que necesitaba ordenar, no sabía por dónde empezar.

Sonó el teléfono, tardó unos instantes en reaccionar.

Al mirar el teléfono vio quién la llamaba: era Eva, una de sus mejores amigas; la llamaba todos los días y Ana pensó: «¡Vamos a dar el parte!».

—Hola, guapa, ¿todo bien?

—No —respondió Eva—, la verdad es que ayer me dejaste muy preocupada y no creo que debas hacerlo.

Se produjo un silencio, su cabeza estaba saturada, esto no ayudaba. Hasta que Eva no pudo más:

—¿No piensas contestar? Di algo...

—Eva, si te lo dije es porque eres la persona que está más cerca de mí, necesito apoyo, no sé si es bueno o malo, solo sé que debo intentarlo y espero poder contar con tu hombro cuando lo necesite.

—Sabes de sobra que puedes hacerlo, ¡te mataría si no lo haces! Me da miedo que sufras más de lo que lo has hecho; si quieres, pido unos días y me voy contigo.

—No es necesario, si te necesito, te lo pediré.

—Está bien, hoy no tengo nada a la hora de comer, nos vemos en *El Chiscón* y hablamos, necesito preguntarte varias cosas. No me digas que no, solo dime la hora.

—Nos vemos a las tres. Te quiero.

Colgó el teléfono, apuró su taza de café, salió de la cocina y cruzó el salón de su casa. Ya en su habitación respiró fuerte, abrió el armario; del maletero sacó la maleta grande, la de los viajes largos. Sus ojos se llenaron de lágrimas, era la primera vez que la iba a utilizar sin que estuviera Nacho. Al abrirla encontró la maleta de cabina; en uno de los bolsillos del separador vio un sobre. «¿Qué es esto?», se sentó en la cama y sacó una nota que había dentro.

Antes de desdoblar el folio lo miró. Poco a poco el folio fue cogiendo su forma, la letra era de Nacho, ¿qué podía ser? Empezó a leer la nota:

*«Estoy perdido, no sé bien qué debo hacer, mis pensamientos me están volviendo loco.*

*Quiero contártelo pero me da miedo hacerlo, no sé qué me está pasando.*

*Anoche estuve a punto, en el último momento no me atreví, no sé bien qué pasa.*

*Necesito hablar...».*

No ponía nada más. «¿Esa carta era para mi o para quién?», su cabeza estallaba. ¿Qué quería decir, a quién?

Con la nota en la mano se percató de que la textura del papel era diferente a los folios corrientes, no tenía membrete. «¿Dónde podía haber cogido ese folio?». Vio el sobre encima de la cama, al sacar la nota no se había dado cuenta de que en la solapa resaltaba un grabado. Lo miró, era como un escudo

con un edificio, no había letras. «¿Qué podía ser aquello?», sus finos dedos repasaban el dibujo del grabado como si esperase una respuesta.

Pasó un buen rato hasta que se levantó de la cama, dejó la nota en el sobre y la metió en su bolso; pensó contárselo a Eva.

Como si su cuerpo se moviese a cámara lenta, fue poniendo en la maleta pantalones, jerséis de lana, todo de sport. Recordó las palabras de Nacho: «¡Que vamos al campo!», siempre discutía con él porque llevaba demasiadas cosas que no usaba. Años atrás Nacho había comprado a sus hermanos una pequeña casa que tenía la familia en un pueblo de Segovia. Había sido construida por su abuelo y cuando murió su madre, siendo él un niño, pensó que debía ser para él. A los dos les gustaba ir, perderse unos días alejados de los trabajos, los móviles y de algunas personas que les rodeaban más de lo que ellos quisieran.

Miró el reloj, eran casi las dos, no se había arreglado para la comida con Eva. Se puso un pantalón negro, lo pensó mejor, se puso unos grises. «Si me ve con algo oscuro, me echará la charla». Camiseta blanca y una americana, se miró en el espejo, ni se fijó, su aspecto le daba un poco igual, nunca le había preocupado, ahora mucho menos. Aunque a ella no le importaba, era una mujer muy atractiva, alta, morena, con unos ojos grandes de color caramelo y una sonrisa que cautivaba a todos los que la conocían.

El restaurante estaba a unos veinte minutos de su casa, no iba a coger el coche, el centro de Madrid a esa hora se pone imposible, aparcar podía ser milagroso. Tenía tiempo, iba tranquila, salió del portal, se paró unos instantes, empezó a andar. La calle Conde de Peñalver está llena de tiendas. Ana miraba los escaparates sin pararse, no necesitaba nada, no le gustaba comprar por comprar. En su cabeza tenía cada palabra de la nota grabada. Al coger la calle Ibiza vio pasar

el coche de Eva, era inconfundible; su color amarillo no pasaba inadvertido, teniendo en cuenta que era un *Mercedes* de dos plazas.

En la puerta del restaurante estaba Eva cuando ella llegó. *El Chiscón* era de un amigo del colegio, Andrés. Desde que lo había abierto procuraban ir, la comida era casera, muy bien cocinada, natural; por eso a ellas les gustaba tanto.

Al entrar se encontraron con Carmen, la mujer de Andrés, se saludaron y Eva le dijo:

—Carmen, danos una mesa tranquila, tenemos que hablar.

—¿Qué tal está?

—Bien, bueno, no lo sé, por eso necesito hablar con ella.

—Si quieres te pongo en el rincón, es el lugar más tranquilo, yo me encargo de vuestra mesa, ¿te parece?

Con un gesto de aprobación Eva aceptó la idea de Carmen, cogió a Ana del brazo y la llevó a la mesa.

Nada más sentarse Eva comenzó su interrogatorio.

—No entiendo por qué quieres irte. Para pensar te das un paseo por el Retiro, que lo tienes cerca, no te tienes que ir a un pueblo donde no hay nadie que te quiera.

—Quiero ir —dijo Ana—, lo necesito. Tengo algo que enseñarte. Al sacar la maleta he encontrado un sobre, dentro estaba esta nota, toma —sacó del bolso el sobre—, léelo, desde que lo he hecho no dejo de pensar en ella.

Eva sacó la nota, la leyó con tranquilidad. Cuando terminó, miró fijamente a su amiga.

—¿Qué es esto? ¿Era para ti? ¿Cuándo la escribió?

—Todas esas preguntas me las he hecho, no tengo respuesta, pero mira en la solapa del sobre, hay un grabado, ¿lo has visto antes?

Tomó el sobre y pasó el dedo por el grabado. Sacó de su cartera un lápiz, lo deslizó por el grabado y el dibujo quedó más a la vista. Eva levantó los ojos.

—Ana, este sobre es del *Parador* que hay en el Monasterio de Piedra, ¿no lo reconoces?

En efecto, lo vio claro, era la portada del *Parador*. Su mente se trasladó al mes de mayo, tenían unos días y se fueron a pasar allí el Puente de San Isidro. Eva la sacó de sus pensamientos.

—Estuvimos en San Isidro, íbamos todos, Ramón y Lola, Andrés y Carmen, vosotros, Alonso y yo.

Se miraron, no se dijeron nada, el silencio las envolvió hasta que Andrés las interrumpió:

—¿Qué tal mis chicas? Me alegro de veros, hoy coméis lo que yo proponga, he preparado un arroz caldoso que os va a encantar.

Ambas aceptaron la propuesta y esperaron la llegada de la comida sin prácticamente cruzar palabra.

Cuando Carmen llegó con la comida, las dos hicieron un gesto de aprobación. Ella de forma discreta se giró. Comieron, mientras lo hacían apenas hablaron, comentarios sin importancia. Ana tenía la necesidad de hablar pero no sabía cómo empezar; fue Eva la que se arrancó:

—Vamos a ver, tienes que intentar recordar todo lo que puedas, hasta el menor de los detalles puede ser válido. Empezar unos días antes de su muerte, aunque te duela, todo lo que recuerdes del día de la muerte de Nacho. Soy tu amiga, pero me da que ahora voy a ser tu abogada y que me vas a necesitar más de lo que yo quisiera.

—No seas mala, no quiero meterme en líos, necesito saber la verdad y después de leer esa nota, aún más. ¿Lo entiendes?

—Hay que estar en tu lugar para saber cómo te sientes. Por mucho que lo intente, tengo la sensación de que no puedo.

Andrés se acercó a la mesa, ya no había nadie en el restaurante. Eran casi las cinco de la tarde, todo estaba recogido. Carmen cuadraba la caja, lo dejaba todo preparado para el turno de la noche.

—Os traigo un café, ahora viene Carmen —en ese momento los pasos de su mujer se oyeron en el silencio del local—. Un ratito los cuatro —la sonrisa de Andrés era limpia, como él, era sencillamente él.

Carmen se sentó al lado de Ana, tomó su mano entre las suyas.

—¿Cómo estás? Nos tienes preocupados, a tu papi Andrés le preocupa esa carita triste.

Ana sonrió, imaginaba las conversaciones de Andrés y su mujer, ella diciéndole: «Dale tiempo», él diciendo: «Ni tiempo ni gaitas, ella es mi amiga y quiero saber lo que le pasa ya porque tengo que ayudarla».

—No estoy mal, Andrés; triste sí. Mi vida ha cambiado de forma muy inesperada y trágica, no he podido asimilarlo, necesito tiempo, me voy a ir unos días a la casa del pueblo de Nacho.

Andrés la interrumpió:

—¿No hay otro sitio más animado que ese pueblo?

Eva no perdió oportunidad, apuntilló:

—Y sola.

—¿Encima te vas sola?

—Voy a un lugar tranquilo pero civilizado, hay teléfono, Internet y aunque no muchas, hay personas que conozco con las que podré hablar.

—Hay que dejar que ella decida, sabe que puede contar con nosotros para todo, con los tres, ¿verdad, Eva? Vamos a apoyarla en lo que quiera hacer —Carmen dijo las palabras que Ana quería oír, su mano apretó fuerte la de su amiga.

Carmen llegó a sus vidas hace solo cinco años. Andrés había hecho un curso de repostería para el restaurante y ella también, hicieron buenas migas desde el principio y en poco más de seis meses se casaron. Ana y Eva la aceptaron de corazón, ver a Andrés tan feliz les hacía felices a las dos.

Carmen era una mujer tranquila, no muy alta, con un aspecto muy agradable, cariñosa, adoptó rápidamente el papel de mami. Andrés las trataba como un padre, ella debía ser la madre y todos contentos.

Sonó el móvil de Eva, era de su trabajo. Se levantó, se retiró para hablar y al volver a la mesa les dijo que tenía que ir urgente al despacho. Se puso su chaqueta, cogió la cartera y, volviéndose a la mesa, señaló a Ana con el dedo.

—Esta noche voy a tu casa.

No esperó respuesta. En la mesa se escucharon risas. Poco después Ana se despidió de los dueños del restaurante y se dirigió a su casa, despacio. Se fijó en una pastelería; Eva era muy golosa, «si quiero callarla, un bombón y unos pasteles pueden ser muy útiles», pensó.

Con la bolsa en la mano, llegó a su casa. Según se acercaba, le pareció ver a dos personas paradas a la altura de su portal. Su aspecto le resultaba familiar, pero hasta que no llegó a ellos no supo quienes eran.

—Hola, Ana, ¿qué tal?

—Te veo bien, ¿lo estás?

Ana no respondió a ninguno de los dos hombres. El primero era abogado, el segundo, su cuñado.

—¿Queréis subir? —sin esperar respuesta, abrió la puerta del portal, los dos hombres la siguieron. Al llegar ante la puerta de su casa Ana se volvió hacia ellos—. Si habéis venido para hablar de dinero, más vale que no entréis.

Martín, con su porte serio, le dijo:

—Ana, debemos hablar.

Era el hermano de su marido, mayor que Nacho más de diez años, siempre había pensado que Nacho era poco práctico y muy despreocupado.

Él, por el contrario, se había hecho cargo de los negocios familiares nada más acabar su carrera. Hoy estaba hecho todo

un empresario. Desde la muerte de Nacho apenas se habían visto, pero todas las semanas recibía su llamada.

Ana, con un gesto, les ofreció el sofá para que tomaran asiento. Los dos hombres casi al unísono desabrocharon el botón de sus chaquetas y se sentaron. Martín vio la maleta encima de la cama y preguntó:

—¿Te vas de viaje?

—No, voy a *El Portón*, necesito tranquilidad y he pensado que ese es un buen lugar.

—Antes de irte debemos hablar, son cosas importantes. Mi padre está muy preocupado, está muy mayor, no quiero contrariarlo.

—Tú nunca lo haces, eres el perfecto hijo. Primero voy a intentar arreglar mi vida, luego hablaremos de arreglar la vuestra, pero tranquilo, ya te he dicho en más de una ocasión que yo no quiero vuestro dinero.

—No es solo mi dinero, lo era de Ignacio, ahora es tuyo. ¿Por qué no vas a Sevilla y hablas con mi padre?

—Lo haré, cuando pueda, ahora no es el momento. Mañana salgo para *El Portón*, a mi vuelta te prometo ir a Sevilla.

Los dos hombres se levantaron, fueron hacia la puerta, Ana iba tras ellos. Aunque Martín la ponía muy nerviosa, había aprendido a dominarse, tenía la sensación de que era él quien no podía reprimir sus nervios o más bien su malestar ante ella.

El abogado, que no había dicho ni una sola palabra, abrió la puerta; en el rellano de la escalera se situó delante del ascensor y esperó a que Martín se despidiera.

—Ana, te ruego que vayas a ver a mi padre. Desde lo sucedido a Ignacio no ha levantado cabeza. Saca un momento para hablar conmigo, te lo ruego.

—Iré, un día de estos te llamaré.

Desde su puerta vio cómo el ascensor descendía. Al cerrarse le vino a la memoria el día que conoció a Martín. Poco antes